

labios por no escupir al cielo la blasfemia de su rebeldía y la postrer protesta de su conciencia subyugada.

Hubo un momento en que llevó ambas manos á su frente, como si pretendiera arrancar de ella el horrible insecto que la roía implacable; pero sus brazos cayeron inertes, y los dos hermanos, que no le dejaban un momento, le oyeron murmurar antes de desmayarse :

— ¡ Ah, esa mujer!... ¡ Estaba rabiosa, rabiosa, rabiosa!...

VII

EL TESORO

Cuando los esposos Akmet penetraron en el vestibulo de la casa de Sabielo, el espectáculo que se ofreció á sus ojos atónitos era de tal modo horrible, que el viejo jardinero estuvo á punto de dejar caer la luz con que se alumbraba, y que su digna esposa creyó que iba á rodar desvanecida.

Sin embargo, pasado el primer momento de estupor, ambos avanzaron temblorosos hacia los cadáveres, cerca de los cuales se agitaban los dos recién nacidos.

A pesar del espanto que la dominaba, la buena mujer logró sobreponerse á su emoción.

— ¿ Y el asesino? — dijo en voz baja, acercándose al oído de su marido.

Éste se estremeció. ¡ Cuánto lamentaba en aquel crítico momento haber dejado á su hijo Alí en el pabellón del fondo del parque!

Y lo lamentaba, no precisamente porque se le ocurriese la idea de que también el joven podía ser asesinado, sino porque hallándose lejos Alí, perdía él toda esperanza de tener quien le ayudase en caso de agresión, y el pánico que esta idea le producía restábase no poco de las escasas energías de que era capaz.

No era cosa sin embargo de que su mujer se percatase de su temor. Dejó pues en el suelo la linterna y se pre-

cipitó en la cocina de donde salió poco después armado de una gigantesca barra de hierro que su mano blandía como una espada prehistórica.

Provisto de esta herramienta comenzó la ascensión de la escalera interior, temblando á cada crujido provocado por su propio peso.

Al llegar al descansillo del primer piso hubo de enjugar con el dorso de la mano el sudor frío que inundaba su frente, y después de vacilar un momento abrió en fin la puerta de la habitación en la que debía descansar el cadáver de Ricardo Sabielo.

La conciencia del peligro que le amenazaba en el cumplimiento de su penoso deber no hacía más que duplicar la emoción inmensa del pobre jardinero.

Esta era de tal magnitud que su sangre se heló en las venas y se quedó sin aliento al oír un ruido que á él hubo de parecerle sospechoso, y que no era más que el que produjo la puerta al girar sobre sus goznes.

Pero como al cabo de un momento ningún puñal llegó á herir su pecho ni por lo visto había por allí nadie que pensase en deshacerle el cráneo á balazos, tranquilizose el hombre un tanto, y después de abrir de par en par la puerta penetró resueltamente en la habitación de su difunto amo.

El silencio en ella era absoluto; la obscuridad casi completa, apenas interrumpida por el débil resplandor de los dos cirios de la capilla ardiente y la vela que dejara Malaquea sobre la chimenea, cerca del fingido conclave de las horribles divinidades indias, cuyos ojos huecos parecían sonreír con insolencia y crueldad, tal vez al recuerdo de la macabra lucha por ellos presenciada.

¿No sería aquel sospechoso silencio precursor de algún peligro inmediato y desconocido? Así lo pensó Akmet, al reflexionar que el asesino no había tenido sin duda tiempo de huir. Miró pues en torno suyo, sin moverse del sitio en que se encontraba.

Iba ya su oprimido pecho á exhalar un suspiro de satisfacción, cuando al fijar la mirada por casualidad en la sombra espesa del cuarto vecino, cuya puerta quedara de par en par, vió algo que le obligó á dar un salto atrás.

En el fondo de aquella espantable obscuridad brillaban dos pupilas... ¡Y parecían fijarse en él!

Fué un momento terrible. El pobre jardinero ya no era joven, es decir, que era prudente, pues sabido es que la prudencia viene con los años, sin duda por ser persona de edad la madre de la sabiduría. Persuadido poco antes de que ningún peligro le amenazaba, la vista de aquellos ojos relampagueantes en la obscuridad fué para él algo así como una terrible decepción moral que le inspiró al punto la idea de retirarse lo más gallardamente posible.

Digamos en honor de Akmet que su pusilanidad fué de corta duración, y que le avergonzó á él mismo. Rehizose pues, y como el propietario de los ojos fosforescentes no se decidía á atacar, manteniéndose sin duda á la defensiva, hacia él se fué con coraje el jardinero proponiéndose aprovechar la ventaja que parecía darle el temor que creía inspirar á su adversario.

No hay cosa más temible que la bravura de un cobarde.

— ¡Manos quietas, miserable! — rugió Akmet penetrando en el cuarto: — ¡Ríndete ó te mato!

Silencio profundo. Sin embargo, los ojos continuaban brillando en la obscuridad.

Desconfiado por naturaleza y sospechando que no debían ser muy sanas las intenciones de su adversario, pensó el jardinero que era inútil repetir la orden, y que la prudencia le ordenaba dejarse de magnanimidades de que podía ser él mismo víctima; tomó pues la barra de hierro con ambas manos, y la lanzó furiosamente en dirección al sitio en que brillaban los dos ojos.

Estos desaparecieron como por encanto al mismo tiempo que se dejaba oír un maullido lastimero.

La barra había herido ligeramente al gato de Malaquea.

No muy contento de sí mismo en presencia de este heroico hecho, descendió el jardinero al piso bajo, y pudo ver cómo su mujer envolvía provisionalmente á los recién nacidos en un mantel y los instalaba sobre el tapete de la mesa del comedor arreglado en forma de camastro.

— Allá arriba no hay nadie, — dijo él. — El autor de esta carnicería debe haber huido.

— En ese caso, — contestó la mujer, — véte corriendo á avisar á la gendarmería de Sartène.

Pero el jardinero, á quien la perspectiva de la caminata no agradaba sin duda arguyó :

— Es preferible que vaya el chico; en primer lugar porque corre más que yo, y además... porque necesito saber si es ó no completa la ruina de los hijos de mi amo.

Así se hizo en efecto. Salió Ali en busca de la gendarmería, y cuando le hubo recomendado que desconfiase de la gente que pudiera encontrar en el camino y que además de los guardias trajera un médico, el viejo Akmet volvió á la habitación y subió de nuevo al cuarto del crimen sin haber sido visto de su mujer.

El miedo que le dominaba durante su primera visita debió sin duda impedirle hacerse cargo del desorden que reinaba en aquel lugar de muerte.

Pero esta vez lo veía bien, veíalo todo : la ventana abierta, el cristal roto, las manchas de sangre en torno al boquete practicado en el suelo por el ataúd.

Una moneda que se deslizó bajo su pie hizole volver la mirada hacia el sitio en que se hallaba el mueble turco, desfondado.

Y lejos de encolerizarse, como parecía natural, á la vista del robo manifiesto, el viejo servidor de Sabelo sonrió casi, con sonrisa de triunfo.

— Gracias á Dios, — murmuró — el miserable ladrón resulta robado... el tesoro se ha guardado á sí mismo... los hijos de mi amo serán ricos.

Dicho esto fué á cerrar las maderas de las ventanas, y volvió luego hacia la puerta, cerrándola por dentro con llave.

— Es un trabajo que maldito lo que me gusta, — decía. — Hubiese preferido no tener que bajar solo al subterráneo... En fin, es un deber, ¡qué demonio!... Además, el señor Sabelo ha encerrado ahí sin duda sus instrucciones por si llegaba el caso, como ha llegado, de que yo me quedase solo... Vaya, vaya, manos á la obra.

Tomó Akmet el candelabro cuya vela ardía sobre la chimenea y acercándose al mueble turco se arrodilló para examinar la parte inferior.

Se recordará que Enrique, fascinado por la cruz de

Constantino, hecha con monedas, no se cuidó de atacar la parte inferior del mueble, el tablero representando á Clodoveo en la batalla de Tolbiac, que continuaba intacto.

— No me acuerdo — decía el jardinero — cuál de los dos pies es el que se mueve. ¿Será el derecho? Nada, que no me acuerdo.

Los pies del mueble representaban patas de quimeras, cada una de las cuales se apoyaba en una bola, siendo todo de cobre pulimentado.

El hombre trabajó lo que no es decible para ver de mover ya el pie derecho, ya el izquierdo del pesado mueble; pero ni el uno ni el otro variaron de posición.

De pronto se dió una palmada en la frente.

— Lo mismo le pasó al señor Sabelo el día que me hizo bajar con él á las cuevas. Ahora recuerdo que me dijo que calentase el pie derecho, sí, el derecho, me acuerdo bien... y calentada la pata, fué cosa de un momento separarla de la bola, que está atornillada al suelo, y hacerla entrar en el centro del mueble...

Mientras hablaba el jardinero, había inclinado la vela y puesto en contacto con el cobre la llama de aquella.

Al cabo de un rato dejó en el suelo la vela, y empuñando la garra de quimera, la hizo deslizarse hacia arriba bajo la madera del mueble, y se enderezó luego exhalando un suspiro de satisfacción.

— Bueno, pues no es eso todo, — murmuró : — la cosa es más complicada de lo que parece. ¿Qué más, qué más hay que hacer ahora? ¡Ah, sí! La cabeza de Clodoveo...

Apoyó entonces un dedo en el casco que cubría la cabeza del rey de los francos, pesando al mismo tiempo con el pie sobre la bola de cobre que acababa de quedar huérfana de la garra de la quimera, y se oyó un ruido como de muelles metálicos que se aflojan, levantándose inmediatamente, como la porta de un navío, el tablero de Tolbiac, tras del cual y como reforzándole, había una espesa plancha de hierro, y dejando al descubierto, al levantarse, los primeros peldaños de una escalera que descendía en el espesor del muro de la habitación.

Hay que convenir en que si era aquella la entrada del

subterráneo de que hablara Akmet, un hombre grueso ó poco elástico en sus movimientos no habría podido aprovecharse de ella. De tal modo era estrecho y bajo el espacio dejado al descubierto por el tablero del mueble.

Akmet, que no temía miradas indiscretas en aquel momento, trabajaba con entera libertad.

Habiendo dirigido la vista hacia donde estaba el péndulo y notado la hora que el dedo de la diosa Laksmi indicaba sobre el vientre del elefante Saneca, murmuró:

— Tengo tiempo de verlo todo antes de que lleguen los gendarmes.

Volvióse de espaldas al mueble, y puesto en cuatro patas comenzó su descenso, bajando uno tras otro, siempre hacia atrás, como los cangrejos, unos cuantos escalones. Luego, y antes de desaparecer, tomó en una mano el candelabro mientras con la otra dejaba caer el tablero, y siguió bajando.

Fueron cuatro los tramos que bajó, de trece escalones cada uno.

El primero correspondía al piso bajo de la habitación; los otros tres se hundían en las entrañas de la tierra.

Cuando hubo terminado su descenso encontróse el jardinero en una especie de cueva abovedada, cuyos muros, revestidos de estuco, rezumaban en la parte norte humedad tan abundante que aparecían cubiertos de musgo verdoso.

— El Tavaría acabará por meterse aquí dentro, — murmuró el viejo.

Corrían en efecto no lejos de allí las aguas del río, percibiéndose con claridad desde la cueva el sordo rumor de la corriente.

— No veo el cofre que debe contener el testamento... — decía Akmet. — Tal vez lo encontraré más lejos. Como si lo viera, el señor Sábulo debió trasladarlo de sitio para ponerlo al abrigo de la humedad...

Orientóse el jardinero hacia el medio día y penetró enseguida por una estrecha abertura que era la entrada de una galería.

Siguió el temeroso corredor, abierto en la roca viva, durante un cuarto de hora, observando mientras lo reco-

rría que era posible distinguir en sus paredes la naturaleza del terreno atravesado.

En efecto; los constructores de aquella galería por la que no hubieran podido pasar dos personas de frente, no tuvieron más remedio que abrirse paso á fuerza de pico en determinados sitios, mientras que en otros, libres de rocas, habíales sido preciso consolidar el terreno y la bóveda con obras de carpintería.

La anchura de aquella galería era casi uniforme; en cambio el suelo subía ó bajaba con arreglo á las dificultades encontradas y no vencidas por los obreros.

El viejo Akmet respiraba con pena el aire pesado y malsano del corredor donde la ventilación era nula, y adoptaba infinitas precauciones para no quedarse á oscuras pues la bujía á su vez parecía arder con dificultad y amenazaba con apagarse á cada momento.

Desembocó por fin en una gran sala rectangular cuya bóveda, de unos diez metros de altura, hallábase sostenida á uno y otro lado por doce columnas de orden toscano, que daban al conjunto el aspecto de un claustro.

Era en efecto el claustro de los hermanos de la Misericordia.

Fra-Diavolo, el famoso bandido que lanzara sus *camorristas* contra el ejército francés en 1799, habíase complacido en acumular en aquel sitio el botín recogido en sus numerosas empresas de rapiña.

Aquella era la sala del tesoro.

Tal vez hubiera podido objetarse que allí faltaba una araña, plétórica de luces, para hacer más ostensible la riqueza de las joyas acumuladas; pero los orfebres judíos, que colocan lámparas ante sus vitrinas con objeto de deslumbrar más fácilmente al *vulgum pecus* habrían sin duda argüido que es en la sombra donde mejor se observa el brillo natural de los diamantes y de las estrellas.

A favor de la luz sostenida por el jardinero, disipáronse un poco las tinieblas de la bóveda y hubo en ella como una orgía de resplandores arrancados al oro y al fuego misterioso de las piedras preciosas.

En todos y en cada uno de los rincones de aquella ciudad subterránea, cuyas invisibles profundidades parecían

inmensas, adivinábase, amontonadas, fortunas enormes.

Un reflejo pálido, blanquecino, acusaba la presencia de prodigiosos montones de plata labrada, en los que entremezclábanse las imágenes trituradas y los vasos sagrados deshechos á golpe de martillo.

Otro resplandor, de tonos más oscuros, denunciaba más lejos la existencia de un montículo formado por onzas españolas, medgidies turcos, doblones, ducados, dólares, coronas, soberanos, carlos y luises.

Innumerables lingotes de plata y oro en pasta, aparecían alineados en apretadas filas en torno á la base de las pilastras, como si se hubiera pretendido consolidar con ellos la obra de fábrica.

Diamantes, rubíes, topacios, perlas y esmeraldas, cubrían en fin las columnas, y el entablamento desde la cornisa hasta el goterón.

¡Qué de riquezas, qué de soberbios resplandores en aquel espacio!

Dijérase la brillante apoteosis de la obscuridad, á la que la llama vacilante de una humilde bujía arrancaba á la fuerza fulgores extraordinarios.

La mirada incierta del viejo Akmet no lograba ver claro en aquellas tinieblas extrañas en las que resplandecían tantas vagas claridades, imposibles de definir.

Habíase propuesto conservar toda su sangre fría, y sin embargo hubo de observar que una especie de embriaguez invadía poco á poco su cerebro.

No era la primera vez que se encontraba rodeado de riqueza tanta ni la primera en que le era dado contemplar aquella orgía policroma en la que la sombra, pletórica de reverberaciones, creaba como un tentador y diabólico espejismo.

Ya en otra ocasión habíase encontrado en medio á aquellas áureas perspectivas, sin límites ni horizontes, que la noche multiplicaba hasta lo imposible.

Pero en aquel entonces no estaba solo.

La presencia de su amo lo alcorzó aquella vez, y había cerrado los ojos para evitar el vértigo.

Ahora por el contrario estaba solo, completamente solo, y su amo no podía llegar á sorprenderle. Zumbabanle los oídos, parecíale que sus pies se hundían en

aquel suelo sonoro compuesto de metal acuñado, de collares, de brazaletes, de anillos y de diademas.

Con violento esfuerzo de su voluntad logró arrancarse á la contemplación sugestiva del enorme tesoro, y recorrió, casi corriendo, uno de los lados del claustro.

Pasando bajo una bóveda de escasa elevación hubo de llegar á una segunda sala mucho más alta y más profunda que la primera, que sin duda sirviera de iglesia en remotos tiempos por cuanto en el fondo de la misma se alzaba aún un altar bien conservado.

Detrás de éste, y tallada en la arcilla, había una escalera por la que se llegaba hasta el arranque de la bóveda.

— Ahí detrás viven los Bozzo — murmuró Akmet; — raro es que haya dos puertas para llegar hasta el tesoro; pero es más raro todavía que esas pobres gentes, teniéndolo, como lo tienen, al alcance de la mano, no hayan pensado en aprovecharse de él.

Terminado su monólogo, trepó por la escalera, y una vez en lo alto de la misma aplicó el oído á una gran plancha de hierro en el centro de la cual podía verse grabado en hueco, un escudo armorial.

Era el reverso de la placa que formaba el fondo del hogar en la sala baja de la posada-carnicería.

Como se ve, Enrique no había soñado con la existencia de un subterráneo que contenía un tesoro. Este existía realmente. Sino que, como dijera muy bien el viejo Akmet, guardábase á sí mismo, sin necesidad de que nadie le guardase. La prueba es que el asesino se había encontrado sucesivamente detrás de cada una de las dos puertas del subterráneo, y que no había abierto ninguna de ellas.

Por grande que fuera la atención del indiscreto jardinero, no oyó nada al principio; solo hubo de llegar hasta su oído, aplicado contra la plancha de hierro, como un confuso rumor de ahogados sollozos.

— Cualquiera diría que alguien llora en la posada; — pensó. — Sin embargo á estas horas deberían ya estar todos acostados...

Convencido de la inutilidad de su espionaje disponíase Akmet á retirarse, cuando una voz llegó hasta sus oídos. Detuvóse de nuevo y escuchó.

— ¿Quién sabe, — decía la posadera — si los volveremos á ver!... ¡Pobres hijos míos!... solos por esos mundos de Dios, sin dinero... Yo quisiera que me dijeras porqué no has dado á Enrique unas cuantas monedas de las muchas que duermen inútilmente en el subterráneo.

La voz del posadero se dejó oír á su vez.

— Porque no son mías; — dijo, añadiendo al cabo de un instante :

— Y ya que hablamos de eso te diré que has hecho mal en enterar de todo á Enrique. Para ir á Ajaccio ha tenido que pasar frente á la casa de Sabielo. ¿ Quién nos dice que no se le ha ocurrido entrar en ella para pedir cuentas á la argelina? Y si lo ha hecho y ella le ha puesto en mitad de la carretera sin oírle ¿ qué ha sucedido? Ya sabes el genio que gasta el mozo; y las desgracias ocurren fácilmente...

No quiso Akmet escuchar ni una palabra más, y se apresuró á bajar más que de prisa los escalones.

Durante sus dos minutos de espionaje habíase enterado de varias cosas. Primero de que el tesoro no corría el menor peligro de ser robado por los posaderos; segundo, de que los tres hermanos Bozzo habían marchado aquella misma noche á Ajaccio, resultando muy posible que el matador del teniente de gendarmería fuese asimismo el asesino de la viuda de Sabielo.

Abandonada la escalera, Akmet se acercó al altar y abrió el tabernáculo, del interior del cual sacó una cajita, abriéndola enseguida.

— No creo cometer ninguna profanación — balbuceó mientras cerraba de nuevo el tabernáculo; — me parece que tengo derecho para apoderarme del testamento de mi amo y del de Fra-Diavolo... Además, que aquí no ha habido nunca copones ni objetos del culto... Los monjes bandidos tenían una iglesia para probar la coartada y nada más...

La vela con que Akmet se alumbraba se consumía por momentos; temiendo quedarse á oscuras, atravesó el hombre corriendo la sala del tesoro, y no sin procurar que sus miradas no se fijasen en aquella colosal é inútil riqueza, y penetró en el túnel que terminaba en la casa de Sabielo.

Cuando llegó á la bóveda en la que desembocaba el subterráneo tenía el rostro cubierto de sudor, y los vestidos empapados por la humedad; pero solo hubo de emplear diez minutos en hacer el trayecto que separaba del Tavaría la casa de Sarténe, aguijoneado en su loca carrera por el terror, muy comprensible por cierto, que le causaba la idea de llegar á encontrarse sin luz en aquellos parajes.

Bien hizo en apresurarse, pues no obstante el esfuerzo realizado, fuéle preciso subir á tientos los tres tramos de la escalera.

Momentos después el viejo Akmet reaparecía en el cuarto de Ricardo Sabielo.

Por un procedimiento análogo al de que se sirviera para abrirlo cerró herméticamente el cuadro inferior del mueble turco, y disimulando cuanto le fué posible bajo el chaquetón la cajita por él sacada del tabernáculo de la iglesia subterránea reintegróse en el acto al piso inferior.

— ¿ Se puede saber que es lo que hacías ahí arriba y por qué te has encerrado? — le preguntó su mujer en cuanto le echó la vista encima.

El jardinero vaciló un momento, como si buscase una contestación plausible á la brusca pregunta.

Sabielo habíale recomendado en efecto que por nada en el mundo revelase á nadie el secreto del tesoro; ni aun á su mujer, ni siquiera á su propia sombra.

Iba á motivar su vacilación otra pregunta aun más precisa por parte de su cónyuge, cuando ambos prestaron atención á un ruido significativo. A la puerta de la verja acababan de detenerse algunos caballos.

— Ya están ahí los gendarmes; — gritó él; y fuese á abrir, satisfecho de poder evitar un diálogo comprometedor con su curiosa esposa.

Afortunadamente para él, porque la vieja era casi tan testaruda como su compatriota la difunta Malaquea, un oficial de gendarmería se presentó en aquel momento, seguido de un personaje vestido de negro, de un cabo y de dos gendarmes.

El caballero vestido de negro ejercía en Sarténe la profesión de médico. Lo mismo él que el joven Ali, que

se quedó fuera custodiando los caballos, habían llegado hasta allí, cabalgando á la grupa de los dos gendarmes.

— ¡A ver, una luz! — ordenó el oficial deteniéndose ante los dos cadáveres, sobre los cuales caía solo una débil claridad á través del hueco que se abriera poco antes en la capilla ardiente.

Akmet obedeció, yendo á tomar en el comedor la lámpara encendida por su mujer.

Preparados estaban aquellos hombres á encontrarse en presencia de un crimen; sin embargo, no les fué posible reprimir un estremecimiento de horror á la vista de aquellos dos cuerpos, enlazados en un lecho de serrín empapado en sangre y cerca de un ataúd en pedazos.

Allí les había hablado de un crimen, pero no pudo darles detalle alguno acerca del mismo.

A cuantas preguntas le hicieran acerca del particular contestaba oponiendo su ignorancia puesto que en realidad el pobre muchacho no sabía más que lo poco que su padre le refiriera.

— Supongo, — dijo el oficial — que nadie ha tocado aquí á nada.

— Verá usted, señor oficial, — contestó la mujer del jardinero; — si para ocuparme de las pequeñas hubiera esperado la llegada de ustedes, á estas horas estarían también muertas las pobrecitas. De modo que...

— ¿Qué pequeñas son esas de que habla usted, buena mujer?

— ¡Toma, las hijas de mi señora!

— No lo entiendo. ¿Qué venían á hacer aquí esas hijas?

— Acababan de nacer.

— ¡Ah!

— Las encontré ahí, entre los restos del ataúd de su padre, arrimaditas al seno de mi pobre señora.

Al oír esto, el médico intervino.

— ¿Dónde ha dejado usted esas criaturas? — preguntó.

— Allí, — indicó ella, señalando la mesa del comedor por la puerta abierta de par en par.

El hombre vestido de negro se dirigió hacia la mesa, diciendo al oficial:

— Los vivos son menos pacientes que los muertos: ¿comprende usted?

Acercóse á la improvisada cuna, alumbrada por la linterna de los jardineros, y al poner en ella sus ojos, una sorda exclamación salió de sus labios.

— No ha sido sola la madre la degollada, — dijo.

Al oír esto, el oficial, el cabo y los dos jardineros rodearon precipitadamente al facultativo.

— ¿Cree usted que ha habido más de un asesinato? — preguntó el primero.

— La duda no es posible, — contestó el hombre de ciencia señalando con el dedo el cuello de una de las niñas.

En efecto, una línea sonrosada de la que parecía rezumar sangre pálida, partiendo de una de las orejas y rodeando por delante el cuello, llegaba hasta debajo de la oreja opuesta.

La mujer de Akmet miraba aterrada.

— ¿Cómo no he visto yo eso antes?... ¡Señor, señor!... ¿Cómo es posible?...

— Una herida como esa, doctor, mata en el acto; — dijo el oficial; — y ó mucho me equivoco ó esa criatura duerme tranquilamente en este momento.

— Nada tendría de extraño; — arguyó doctoralmente el hombre de ciencia. — La naturaleza tiene recursos inagotables en ciertas existencias...

Y sin dejar de hablar había puesto el extremo de su dedo índice en la marca rojiza, examinándolo después con verdadera estupefacción.

— ¡Hase visto cosa más extraña!... He aquí un caso — siguió diciendo mientras examinaba el cuello de la niña — verdaderamente único en los anales de la ciencia. He de comunicarlo á la Academia... No hay en la dermis solución alguna de continuidad... No, ni una cicatriz, ni una herida... Si no temiera pasar por loco... Pero no, esos señores académicos dirían que es un absurdo, un imposible, cosa de todo punto inverosímil... Y sin embargo, ahí está la prueba, indudable, irrefutable... el cuello de la madre y el de la hija... ¡Bah! ¿A qué escribir una memoria acerca de esta circunstancia, única sin duda? *Testis unus, testis nullus.*

El oficial se impacientaba oyendo aquel monólogo, tanto más cuanto que no comprendía gran cosa del mismo.

— En fin, sepamos, ¿qué es lo que usted opina? — preguntó.

— La contestación no es tan fácil como á usted le parece; y yo opino que no me atrevo á emitir una opinión. Porque, vamos, dígame usted, ¿en qué cabeza cabe la idea de que la madre haya podido tener el antojo de que la degüellen?...

— No es muy probable, en efecto.

— Y sin embargo así es. ¿Le parece á usted contrario á la razón, absurdo, verdad? Pues así es, amigo mío. No es el terror el que ha producido ese efecto; de ser este, el collar sangriento parecería rodeando el cuello de las dos niñas; si solo se observa en una, que en mi concepto debe ser la mayor, es porque la madre tuvo realmente ese antojo. Antojo macabro, indudablemente, pero antojo al fin, que la casualidad se ha encargado de satisfacer harto cruelmente...

— ¿El señor habla de un antojo? — interrumpió el jardinero; — pues pregunte á mi mujer, porque ella sabe que la señora tuvo uno...

— Así es la verdad, — dijo la vieja; — como que el señor le había prometido muchas veces complacerle antes de que diera á luz.

— ¿Y qué era ello?

— No entiendo.

— Pregunto qué era lo que deseaba su ama de usted.

— Un collar de coral.

El médico miró al oficial con aire de triunfo.

— Yo hubiera preferido saber que se le había antojado la puñalada; ¡era un caso tan original! pero en fin contentémonos con el collar de coral... Y por lo que respecta á su amo de usted, amigo mío, convengamos en que no tenía malos ojos para ver de tal modo en lo porvenir... Esas criaturas parecen bien constituidas; hay que enviarlas al Hospital donde les procurarán una nodriza...

— ¡Al Hospital! — exclamó el jardinero; — ¡Ah, no, eso jamás!

— Asunto es ese, — dijo el oficial — que incumbe al tribunal, y por lo pronto á los medios de que ustedes dispongan... Vamos ahora á redactar el atestado.

Todos aquellos hombres se trasladaron entonces á la antecámara, y allí uno de los gendarmes comenzó á consignar por escrito la posición en que se hallaban los dos cadáveres.

La única particularidad que llamó la atención de estos primeros pesquisadores fué que entre los labios de Malaquea aparecía como un pedazo de carne sanguinolenta, al cual se hallaban adheridos algunos cabellos muy finos y negros.

— Si no me equivoco, — aseguró el cabo — lo que es el asesino no se ha ido sin lo suyo... He aquí una pieza de convicción.

— Tanto más cuanto que la frente de nuestro hombre conservará hasta que él muera la marca de un mordisco feroz.

— Hay que conservar eso, metido en un frasco de alcohol; — dijo á su vez el oficial.

Pero las contraídas mandíbulas de la argelina apretaban con tal desesperación aquel pedazo de piel, testigo irrecusable de su enérgica defensa, que costó un trabajo impropio el poder sacarlo intacto.

Practicada esta diligencia, subieron todos al primer piso.

La audacia que acompañara á la comisión del horrendo crimen preocupaba de veras al oficial; sin embargo, aun llamaba más su atención los estragos causados por el asesino, que decididamente no debía ser un asesino vulgar. Comenzó á dictar el atestado á uno de los gendarmes, y mientras éste escribía, su jefe, como si pensara en voz alta, murmuraba:

— Cualquiera da con un criminal á quien nadie ha visto y del que no hay el menor indicio...

— ¿Cómo que no? — interrumpió el jardinero. — Aquí estoy yo, que creo conocerle.

Una mano del oficial cayó en el acto sobre el hombro del viejo Akmet.

— ¡Su nombre, su nombre enseguida!...

— No crea usted que á mí me guste confiar secretos

sorprendidos escuchando como quien dice lo que se habla tras de las puertas... Pero ¡qué diablo! la justicia lo primero... Pues, á mi modo de ver, quien ha hecho eso es Enrique Bozzo...

— ¡El asesino del teniente Lampèssadas! exclamaron á un tiempo los gendarmes.

— Digo que lo creo; no es que esté seguro de ello.

— Pero usted ha hablado de un secreto... de que ha escuchado á las puertas... á ver, acláreme usted eso; — dijo el oficial.

— Sí, señor, he oído hablar al posadero y á su mujer.

— ¡Pero si hace tres días que no te has movido de casa! — dijo á su vez la vieja, estupefacta al oír las declaraciones de su marido.

— ¿Cuándo y dónde ha oído usted eso? — interrogó con cierta impaciencia el oficial.

— Esta misma noche... En Sartène.

— ¡Jesús, Jesús, mi hombre está loco! — exclamaba agitadísima la anciana. — No le haga usted caso, señor oficial; repito que no se ha movido de aquí.

— ¿Cuánto tiempo hace que estaba usted en Sartène?

— Dos horas.

— ¡Miente, miente y miente! — gritaba la pobre mujer encolerizada. — No es él quien ha ido á Sartène, ustedes lo saben mejor que yo; envié á nuestro hijo Ali en busca de ustedes por no dejarme aquí sola.

El cabo, que á juzgar por su cara debía tener alguna sospecha, se acercó al oficial y deslizó algunas palabras en su oído.

— Puede usted decirnos — interrogó el jefe — qué camino ha tomado usted para llegar aquí, viniendo á pie, más pronto que nosotros, que hemos venido á caballo?

— No.

— Bueno: pero no tendrá usted inconveniente en seguirnos á Sartène para repetir su acusación en presencia de los Bozzo...

— Ninguno. Por más de que todo eso es completamente inútil desde el momento en que el presunto culpable no está detenido... Y debo advertir á usted que en este momento Enrique y sus dos hermanos van camino de Ajaccio, y deben hallarse en los alrededores de Santa

María. Si no se dan ustedes prisa, dentro de unas cuantas horas estarán en alta mar.

La observación era justa y puso término al interrogatorio.

Firmó el oficial el atestado, é hizo montar al cabo á caballo con orden de ir á galope tendido y sin detenerse en parte alguna, hasta la presencia del procurador del tribunal de Ajaccio.

Este era el propio que ganó la delantera á los tres fugitivos cuando éstos se hallaban á orillas del Gravone. El atestado que llevaba en la cartera debía ser causa de que se diesen las órdenes más terminantes para vigilar los buques prontos á darse á la mar en Ajaccio.

Ya hemos visto que esta precaución debía resultar inútil, puesto que, por consejo de Enrique, el *Buenamar* había salido ya del puerto y anclado fuera de la rada desde la noche anterior.

— Vamos á ver, — gritó la vieja cuando quedó sola con su marido; — ¿quieres explicarme cómo has podido ir esta noche á Sartène, encerrándote en el cuarto de nuestro amo?

Todo lo que precede había ocurrido en la noche del 15 al 16 de Marzo, víspera de la « Mi-Carême » y en el año de gracia de 1871.